

¿Quién es este Rey de gloria? Y al entrar en Jerusalem terrestre tambien se preguntaban las potestades de la tierra poseídas de terror y espanto: ¿Quién es este? Como si dijese: Este no es tal ni tan grande, que merezca las honras y recibimiento que se le hacen. A su despecho y pesar veian el concurso tan grande de gentes que habia salido á recibirle, ignorando por cierto la gran dignidad y la divinidad de aquel que recibia con tantas alabanzas y cánticos, hasta entonces no usados, por lo que dijo san Crisóstomo [1]: Con mucha razon se conmovian y maravillaban los principales de Jerusalem, pues aborreciendo á Cristo lo veian ensalzado y alabado con su propio nombre, sin que supiesen lo que pronunciaban, porque los dirigia é impulsaba la mano del Eterno que dirige todas las cosas con oportunidad y acierto. El azoramiento de los príncipes se comunicó á una gran parte de la ciudad, y partiendo todos del mismo temor, dirigian á las turbas que victoreaban á Jesús la misma pregunta que indicaba su miedo: ¿Quién es este? El pueblo sencillo y fiel respondia la verdad que aquellos no querian oír, y la repetian sin saber lo que pronunciaba, diciendo: Este es Jesús, profeta de Nazareth de Galilea, y aun es Señor de los profetas, por cuya razon debe ser honrado mas que todos ellos. La confesion de la verdad salió de la boca de los sencillos, y las alabanzas de Dios de los pequeñuelos ó menores, para que después la aprendan y pronuncien los mayores. Sobre lo cual dice san Gerónimo [2]: Dudosos en la fe los príncipes y mayores de Judea, preguntan para satisfacer sus dudas voluntariosas, y confiesan la verdad católica los pequeñuelos del pueblo, y los que eran tenidos en menor estimacion.

Como se habia apeado Jesús á la puerta del templo, entró inmediatamente en él, y percibiendo los abusos que toleraban los sacerdotes y los magistrados, los reprobó con toda la autoridad conveniente á la dignidad de su persona y á la extension de su mision. Conviene empero saber cuál fuese este lugar donde entró repentinamente Jesús antes de referir lo que en él pasó.

Dividiase el templo en dos partes; la una se llamaba *el Santo*,

[1] Div. Crisostom. Hom. 38 Oper. imperfect.

[2] Div. Hieronim. in cap. 21 Math.

## CAPITULO XX.

ARROJA JESUS POR SEGUNDA VEZ A LOS QUE COMPRAN Y VENDEN EN EL ATRIO DEL TEMPLO: ECHA LA VIUDA DOS MONEDAS DE COBRE EN EL GAZOPHILACIO, Y EXPLICA LA PARABOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO.

Siguiendo constantemente Jesús su marcha, llegó á la ciudad santa, mostrando en sus lágrimas el dolor que tenia por la pérdida de su nacion. Entró en ella con triunfo por la puerta dorada que estaba á los pies del templo y á la parte del valle de Josafat; pero como entraba para salvar á todos, conmovióse y maravillóse la ciudad diciendo: ¿Quién es este? significando con esto que cuando el Redentor del mundo entrase en Jerusalem, celeste, triunfante del infierno y de la muerte, habian de preguntarse los ángeles en el cielo: ¿Quién es este Rey de gloria? Por lo cual dice Orígenes [1]: Cuando entró el Señor en la verdadera Jerusalem del cielo, maravilladas las virtudes celestiales, se preguntaban y decian:

[1] Origen. Tract. 15 in Math.

en la que se hallaba el altar del incienso ó del *Thimiam*, el que estaba cubierto de oro, la mesa donde se colocaban los panes de proposicion y el candelabro; la otra parte se llamaba el *Santa Santorum*, donde estaba el arca del Testamento y los dos Jerubines. En lo que se llamaba el Santo, entraban cada día los sacerdotes á ofrecer el incienso, sin que se permitiese la entrada á otras personas. En el *Santa Santorum* entraba solamente el sumo sacerdote, y solo una vez al año. Antes de entrar en estas dos partes del templo, habia una plaza cuadrada cerrada con una muralla, la que se llamaba el atrio de los sacerdotes, en la cual bajo un hermoso templete se hallaba colocado el altar de los holocaustos, el que estaba cubierto de bronce: en esta plaza ó atrio entraban no solo los sacerdotes, sino tambien los levitas y todos los que estaban destinados para la mactacion, escoracion y ablucion de las victimas; pero las personas vulgares no tenian entrada en ella, sino que en la puerta de aquel atrio ofrecian los animales vivos á los sacerdotes. En ninguno de estos dos lugares entró Cristo, porque no era reputado por sacerdote ni por levita. A mas de los dichos, se hallaban otros dos donde los hombres permanecian en oracion en uno de ellos, y en el otro las mujeres; y estos dos atrios eran vulgarmente conocidos con el nombre de templo, debiéndose entender el uno de estos cuando se dice que Jesús entró en el templo.

Por tres razones principales dice el venerable Beda [1] entró Jesús repentinamente en el templo. La primera, para enseñarnos la forma de religion que debemos seguir, á fin de que sepamos que antes de emprender un negocio, sea el que fuere, y mas particularmente si fuese arduo, debemos acudir ante todo á la casa de la oracion, para que entregados á Dios por medio de ella, se encaminen todas nuestras cosas á la mayor gloria y al aprovechamiento espiritual de nuestra alma. Segundo, porque como el lugar era público, pudiese ser hallado con mas facilidad, manifestando que no iba á padecer forzadamente, sino por su propia voluntad. Y tercero, para demostrar que la ruina de la ciudad y del pueblo, por la que

[1] Ven. Ved. in cap. 21 Math.

tanto habia llorado, provenia en gran parte de la mala fe de los sacerdotes, y de allí hacia tambien la raíz primordial de la prediccion.

Quiso el Señor hacer hasta cierto punto públicos estos motivos entrando repentinamente en el templo después de haber anunciado los grandes males y calamidades que á Jerusalem amenazaban, arrojando de él los que allí compraban y vendian, en señal de que indignos los sacerdotes de ejercer su altísima dignidad y oficio, tambien un día serian arrojados del templo, á saber, cuando la ciudad fuese enteramente destruída, y cuando con el templo pereciese el pueblo á causa del mal ejemplo y doctrina de los malos sacerdotes. La ambicion y la avaricia de estos fué la causa de la destruccion y perdida de los judíos. Alimentados los sacerdotes por su avaricia, vendian por su cuenta en los pórticos y atrios del templo, de toda clase de hostias, víctimas y oblacones, para que no sucediese que viniendo las gentes á ofrecer algo al Señor, no encontrando prontamente y á la mano quien les vendiese, se marchasen sin presentar alguna ofrenda á Dios; y esto lo hacian vendiendo tambien una y otra vez lo que se les habia comprado y ofrecido al Señor; y para que los pobres no tuviesen excusa alguna para dejar de comprar aquello que querian ofrecer, tenian tambien allí colocadas mesas de cambiantes, que bajo recibo les prestaban la cantidad necesaria para la compra de las victimas con la esperanza de algun premio ó usura; sin reparar que esto era lo que expresamente estaba prohibido por Dios á los hijos de Judá por boca del profeta Ezequiel diciendo [1]: No recibiréis usura ni ninguna superabundancia ó lucro por lo que prestásteis á vuestros hermanos. Hacednos advertir los intérpretes de la Escritura santa, que la primera y la última vez que entró el Salvador en el templo después de su bautismo, mostró grande enojo contra la irreverencia con que los judíos lo profanaban. ¡Oh, si este ejemplo avivase el celo de los que no solo pueden, sino que deben desterrar de nuestros templos la inmodestia y la descompostura que siempre están como forcejeando por apoderarse de la casa misma de la oracion! No puede mirar con indife-

[1] Ezequiel. cap. 22.

rencia esta profanacion el que es verdaderamente llamado de Dios al ministerio eclesiástico, cuyo fin es el santificar el nombre de Dios y salvar las almas, pues nada destruye tanto la Iglesia del Señor, dice san Crisóstomo [1], como el que los clérigos sean peores que los legos.

Viendo pues Jesús convertida la casa de su Padre en casa de negociacion, de usura y de latrocinios, enardecido su espíritu é inflamado con el fuego del celo santo que le carcomia y devoraba, hizo un látigo de algunos cordeles y empezó á arrojar á los que compraban y vendian en el templo; echó á rodar todas las cosas que habian de servir para hostias, las mesas de los cambiantes, y rompió las jaulas de los que vendian palomas; ni permitió que se pasasen de una á otra parte del templo los vasos y demás cosas que no estaban ofrecidas y consagradas al Señor, y en fin, todo lo que no servia al culto divino y no habia sido antes consagrado ú ofrecido á Dios, lo arrojó y no consintió que se entrase otra vez dentro. La indignacion de Jesús aparece en todo su lleno en las palabras que pronuncia: Escrito está, dice á los mercaderes y profanadores del templo, *mi casa es de oracion, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones*. Si eran ladrones á los ojos de Dios los que hacian aquellas acciones comunes y ordinarias, en aquel templo que solo contenia una vislumbre de nuestros misterios, ¿qué nombre merecerán las personas que con entretenimientos profanos, inútiles y pecaminosos, con acciones y palabras inmodestas, con escandalosa desnudez y con vanos y extravagantes ademanes profanan las iglesias donde reside el mismo Salvador y se ofrece su sacrificio? De Dios se burlan los que van á pecar á donde debieran ir á llorar, los que convierten la casa de la oracion en teatro de prostitucion, y los que buscan la ira en la tesorería de la misericordia. ¡Qué terrible castigo espera á semejantes profanadores! San Crisóstomo lo comprendió y dió á conocer con las siguientes significativas palabras: En el templo sufrió Cristo con paciencia las injurias que se dirigieron contra su persona, pero castigó terriblemente las que se dirigian contra su Padre.

[2] Div. Crisostom. Hom. 40 Oper. imperfect.

La flagelacion que Jesucristo practicó por su propia mano en esta ocasion contra los que él llamó ladrones en la casa de su Padre, y el modo con que los arrojó del templo, estuvieron antiguamente prefigurados en la muy terrible y espantosa que verificó contra Heliodoro, que entró con mano armada en él para robar todas sus riquezas; sin embargo, hay circunstancias muy dignas de ser notadas. Heliodoro fué azotado por los ángeles; los profanadores del templo lo fueron en esta ocasion por Jesucristo. Aquel sufrió los azotes por el saqueo del templo; los judíos lo sufrieron por la palacion de sus usuras; y fueron llamados ladrones, porque no cuidaban sino de sus lucros temporales, sin reparar en lo reprobado del modo con que los procuraban. Y Jesucristo quedó sosegado y tranquilo, enseñando no solo aquel dia, sino todos los demás, en el recinto del templo mismo. Habló en esta ocasion y obró Jesucristo con tal aire de autoridad y grandeza, que daba bien á entender era mucho mas que hombre, pues hallándose solo y sin armas en medio de sus enemigos, se hacia temer de tal suerte, que nadie se atrevió á hacerle resistencia ni á quejarse de tan severo tratamiento.

En esta ocasion acudieron y se acercaron al Señor en el templo, ciegos, cojos y otras varias clases de enfermos, y empezó á curar á todos. Estas misericordias del Señor producian diversos y muy encontrados efectos en los ánimos de todos los que se hallaban presentes. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas se exasperaban é irritaban cada vez mas, al mismo tiempo que los crédulos sencillos y niños le prodigaban miles de bendiciones y alabanzas, cantando llenos de contento y alegría: *Hosanna al Hijo de David*. Al oír esto los príncipes de los sacerdotes y los jueces del pueblo que se llamaban ancianos, fueron á encontrar al Salvador con una tropa de escribas y fariseos para reprenderle porque permitia aquel tumulto; y llenos de enojo é indignacion le dijeron: ¡Oyes lo que estos dicen! Si, les contestó Jesús; ¿pues qué, nunca habeis oído lo que cantó el profeta? *De la boca de los niños y de los que maman obtuviste, oh Señor! completa y perfecta alabanza* [1]; con cuya

[1] Psal. 8, vs. 3 c. 4.

respuesta no esperada les cerró las bocas y les obligó á callar. A pesar de tantos milagros como el Señor había hecho delante de ellos, no creían en él, verificándose el oráculo pronunciado por boca del profeta Isaías que dice: Señor, ¿quién creará á nuestro dicho, á nuestra predicación [1]? *¿A quién será descubierto y manifestado el brazo, la fortaleza de Dios? En vano extendi mis manos al pueblo incrédulo y rebelde, que anda por caminos no buenos, en po-de sus pensamientos y de sus pecados* [2]. Ellos no podían creer por el motivo que antes había manifestado el mismo profeta cuando le dijo el Señor: Anda, y dí á este pueblo, profetízale: *Vosotros oireis y no entendereis; veréis y no mirareis, no advertireis. Ciega, embota el corazón de este pueblo; agrava y entorpece sus oídos; ciega sus ojos para que no vean con ellos, ni oigan con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se conviertan, ni yo los sane, ni hayan salud de mí* [3].

Estas cosas pronunció Isaías cuando vió en espíritu profético la gloria de Cristo y habló de él. Con efecto, dió Dios á los judíos un espíritu de vértigo y soporoso, ojos con que no vean y oídos con que no oigan; ceguedad y contumacia en que han perseverado hasta el día de hoy. Y David dijo también: *Conviértaseles su mesa en lazo y en red, y en tropezadero y ocasion de ruina, por castigo de su merecido. Oscurecidos sean sus ojos para que no vean. Haz que anden siempre agobiados, obligándoles á llevar enorme peso sobre sus espaldas, y que vayan con la cabeza inclinada al suelo, como bestias de carga* [4]. Mas á pesar de todo, los sacerdotes, los ancianos y los escribas y fariseos se atrevieron á preguntar á Jesús: ¿Con qué potestad hacia aquellas cosas, abrogándose una autoridad que decían no tenía? No pudiendo contestar directamente al Señor ni justificar el descuido que demostraban en el desempeño del ministerio sacerdotal por su criminal tolerancia en las irreverencias y acciones indecorosas que permitían en el santuario y casa de Dios, creyeron eludir todas las dificultades, reprendiendo de esta manera la

[1] Isaie. cap. 53, v. 1.

[2] Idem. cap. 65, v. 2.

[3] Idem. cap. 6, vs. 9 et 10.

[4] Ps. 60, vs. 23 et 24.

conducta de Jesús con los profanadores del templo. Necia sin duda, á la par que atrevida y temeraria, fué en esta ocasion la conducta de los sacerdotes y magistrados, pues no podían ignorar que Jesucristo había probado en mil ocasiones ante ellos mismos su divina mision por el cumplimiento de las profecias, por sus heroicas virtudes y por sus milagros, que jamás pudieron negar. Sabían que el Señor había demostrado que concurrían en su persona todas las calidades y atribuciones del Mesías, y que debía gozar de la autoridad de rey, de profeta y de legislador, semejante á Moisés; y así no es extraño que viéndose tan directamente atacados, acudieron á querer reprender á Jesús por no confesar su criminalidad.

Tampoco puede deducirse de la conducta que en esta y en otra ocasion manifestó el Salvador de los hombres, que su carácter no fuese sumamente manso, dulce, benigno, prudente y tolerante; puesto que la severidad que usó contra aquellos traficantes, no fué un acto de dureza, ni de cólera, ni de violencia, sino de celo y autoridad legítima y divina. Es innegable que Jesucristo conservó siempre su dignidad, y aquella actitud grave y majestuosa cual convenia á un hombre Dios que descendió del cielo para instruir y corregir, y no para adular, ni seducir, ni tolerar los abusos. Los comerciantes podían hacer su tráfico fuera del templo; pero tener sus mesas de cambio, vender animales y excitar ruidos y estrépitos en el interior de aquel, era una criminal profanacion del santuario, la que no podia permitirse sin una notoria contravencion de la ley. Vanamente los sacerdotes y magistrados permitían esta negociacion con pretexto de la comodidad de los sacrificios. El Dios á quien se ofrecian y cuyo era el templo, podia sin duda, aunque oculto bajo la figura humana, destruir esta profanacion.

Después de esto sentóse Jesús á la vista del Gazophilacio, y observaba con detencion los que se acercaban al arca para depositar en ella sus ofrendas; y habiendo visto algunos ricos que metían en ellas varias monedas de plata, divisó una pobre viuda que arrojó en la misma dos monedas de cobre, las que había adquirido á fuerza de sudores y de trabajos; por lo que dijo á sus discípulos: Que aquella pobre mujer había ofrecido mas que todos los ricos, porque ha-

bia dado no solo lo que para ella era necesario, sino que seguramente la haria falta para su comida, y que los otros habian ofrecido de lo que tenian de sobra y de ninguna manera les habia de hacer falta. Adviértase empero que no dijo que dieron *lo que les sobraba*, sino *de lo que les sobraba*; para demostrar que no dieron todo lo superfluo, sino una parte muy pequeña de lo superfluo. Los sacerdotes, como estaban poseidos de la avaricia, enseñaban, que aquel que ofrecia mas en el templo, absolutamente hablando, este era el que tenia el mayor mérito, lo que es falso; porque la cantidad del mérito no se estima absolutamente por la cantidad del don, sino comparativamente por la facultad del que da, por la prontitud con que da, y por la voluntad y devocion con que lo ofrece á Dios; de lo que se infiere que segun la doctrina de los sacerdotes, muchos ricos arrojaban muchas y grandes ofrendas; pero segun la de Cristo, esta pobre viuda fué la que dió mas, consideradas sus facultades y buena voluntad; sobre lo que dice san Jerónimo: No considera Dios el *cuánto*, sino *de cuánto*, y con qué voluntad y devocion dieres [1]; no mira el valor de la moneda, sino el de la devocion; no la cantidad, sino la caridad, para que pueda decirse que es mas generoso y grande el don que se dió con mayor deseo y fervor. La viuda dió lo que pudo, y deseó dar mas de lo que podia; por esto su don fué mas acepto á Dios y mereció la aprobacion de Cristo. Y así como los dos dineros ó monedas de cobre que aquella metió en la arca agradaron á Dios mas que todos los dones, así tambien el amor de Dios y del prójimo, criatura que la debe conservar siempre en el arca de su corazon, agradan á Dios mas que todos los dones y ofrendas que se le presentan en público, para hacer alarde de una exterior y aparente devocion.

Con este motivo y con deseo de hacer una justa aplicacion de esta doctrina de Jesús, dijo san Gregorio: Lo que principalmente mira Dios nuestro Señor, es el corazon con que le ofresces el don; y no repara tanto en el valor ó preciosidad de la dádiva, ni tiene en consideracion cuán grande sea la cosa que se le ofreciere en sacrificio:

[1] Div. Hieronim in cap. 12 Marci.

y lo que mas mira es la voluntad con que se le da. Esta viuda pobre es el alma del hombre, que libre ya del enemigo con quien estaba unida, pone en el tesoro del templo dos dineros, que son la carne y el espíritu; la carne por la abstinencia y el espíritu por la humildad; y así puede decir al Señor, que dió por su servicio todo aquello de que se habia de sustentar, no dejando de su hacienda ninguna cosa al mundo. Y el venerable Beda dice [1]: Que esto moralmente nos enseña cuánto son acceptos á Dios cualesquiera dones que de buen corazon le ofrecemos, por pequeños que sean. Los ricos que echaban sus ofrendas en el arca, significaban los judíos altivos y presuntuosos, los que segun su propio pensamiento guardaban la justicia de la ley; y esta viuda pobre significa la simplicidad y pureza de la Iglesia, que se llama pobrecilla porque aparta de sí misma el espíritu de la soberbia y la codicia de los bienes temporales. Llámase viuda, porque su esposo Jesucristo Señor nuestro padeció muerte por ella; y pone en el Gazophilacio, que es el arca del tesoro, dos dineros de cobre, para que se entienda que en el acatamiento de la divina Majestad, con el amor de Dios y del prójimo, trae y pone dones de verdadera fe y de oración perseverante, los que tiene por menudos y pequeños en consideracion á su propia humildad; por lo que son mas gratos á Dios que todas las obras de los antiguos hebreos.

Para declarar con mas propiedad y extension este sentido moral y necesario, propuso el Señor á los que se hallaban presentes la siguiente parábola, habiendo advertido que algunos de ellos presumian de sí como justos y despreciaban á los demás. Dos hombres subieron al templo á orar, el uno fariseo y el otro publicano. Con esta sola indicacion ya descubrió toda su tendencia, y los fariseos pusieron el mayor cuidado en la relacion que iba á hacerles el Salvador, puesto que conociendo su espíritu y sabiendo por la experiencia que todas sus doctrinas se dirigian á descubrir y condenar la hipocresia de los fariseos, no podian menos de esperar en esta ocasion una reprimenda formidable. Después de haber establecido Jesu-

[1] Ven. Bed. in cap. 18 Lucae.

cruta una de las principales condiciones de la oracion, cual era la perseverancia, quiso enseñar la otra no menos necesaria, cual es la humildad y la desconfianza de nuestros propios méritos, porque deseaba curar la soberbia de los unos y vindicar á los otros del menosprecio que recibian de los hipócritas fariseos. Es muy de notar que dijo Jesús que aquellos dos personajes subian al templo para orar, porque como la oracion es elevacion del entendimiento y del corazon á Dios, para obrar bien es preciso que la criatura se levante con el corazon y espíritu, y con todas las potencias de su alma, para pedirle con humildad los dones y gracias que necesita, para mirar con desprecio á la tierra y todo lo que á ella pertenece. En vano ora el que no está íntimamente persuadido de su flaqueza y de su pobreza; porque este tal viendó en sí mérito y no pecado, no se creerá necesitado de la gracia y misericordia de Cristo. Por otra parte, el mismo orgullo que le ciega para no ver su miseria, dispierta en él cierta temeridad é injusticia para graduar las obras ajenas de pecado notorio, de hipocresía ó de supersticion. Por donde se ve que en los soberbios crece á un mismo tiempo la presuncion de sí mismos y el desprecio de los demás.

Con decir Jesús que el uno era fariseo y el otro publicano, ya denotó la estimacion diversa que uno y otro habian de tener de sí mismos; y dejó tambien traslucir que á la par de sus creencias y posicion habian de ser tambien diversas sus súplicas. El fariseo, en lugar de hacer oracion y humillarse á la presencia del Señor para hacerla, permanecia en pié con la cabeza levantada, y mostrando en su postura y ademanes, y aun en el lugar que habia elegido para orar, toda la altivez y soberbia de su corazon. Su súplica era su elogio, y decia entre sí: Gracias os doy, Señor, porque no soy como los demás hombres, y particularmente como este publicano; pues él y los otros son ladrones, injustos, adúlteros; mas yo tengo una vida irreprochable: ayuno dos veces á la semana y pago exactamente el diezmo de todos mis bienes. El publicano empero, que se miraba como un pecador público, se quedó en lo último del templo; y sin atreverse á levantar los ojos al cielo, dábbase golpes de pechos y decia: Perdonad, Dios, á este miserable pecador. En las palabras del fariseo resalta en primer lugar su altísima soberbia, prefiriendo-

se á todos los hombres, condenándolos á todos con temeridad, y particularmente á uno, cuyo exterior edificaba y cuyo interior no conocia. En las del publicano resaltaba la humildad y la pronunciacion de su propia sentencia, acusándose y condenándose, implorando sin embargo con confianza la misericordia de Dios. El fariseo se olvidó de que el justo en el principio de su oracion debe acusarse á sí mismo, y por esto su oracion fué desatendida; y el publicano, que la empezó acusándose á sí mismo, fué atendido y bien despachado; sobre lo que dice el venerable Beda: De las palabras del fariseo activo, por las cuales mereció ser humillado y abatido, debemos advertir, para que seamos ensalzados, que así como aquel, considerando los vicios de sus hermanos y enamorado de sus propias virtudes se ensoberbeció para su caída, así nosotros reparemos por el contrario, no solo en nuestra tibieza, sino tambien en las virtudes de los demás, á fin de que humillándonos con esta consideracion, de nuestra humildad se nos siga la gloria. El publicano estando lejos no queria levantar los ojos, pero heria sus pechos: á la herida correspondia el amor que salia de ellos, pidiendo piedad y misericordia; y por esto, hiriendo juntamente el corazon, que era la fuente y el origen de su mal, deseaba y pedia que de allí donde habian nacido los vicios naciesen todas las virtudes. Sobre esto mismo nota tambien san Agustín, que el publicano en medio de su clamor conocia y confesaba su delito, diciendo á Dios: Dios mio, usa de misericordia con este pecador, y no mires los defectos de este corazon malo; mas perdóname mis pecados y usa de clemencia conmigo, que ninguna cosa hay en mí que te pueda agradar ni por donde merezca yo conseguir tu perdón; porque siempre pequé contra tí con mi corazon, con mi cuerpo, con mis pensamientos, y con mis palabras y obras: soy peor que todos y no puedo salvarme sino por sola tu clemencia y misericordia [1].

Si alguno quisiere preguntar por qué se acusaba el publicano con tanta humildad, y tan á voz en grito publicaba sus defectos, y qué fruto esperaba de esta tan pública acusacion, se le podrá decir que no esperaba otra cosa mas que su propia absolucion y justificacion,

[1] Div. August. Seru. 36 de Verb. Dom.

lo que no solo le fué concedido, sino que el mismo Jesucristo hizo público su arrepentimiento y justificación, diciendo: *Este publicano salió justificado*; esto es, de malo salió justo y en gracia, y el fariseo volvió á su casa con sus pecados. Con razon quedó justificado el publicano y no el fariseo: esto solo tenía una justicia aparente por causa de su presunción, y aquel la tenía verdadera por su humildad. Justificábase el fariseo en sí mismo por sus obras, y el Señor justificaba al publicano por el mérito de su fe. Aquel se vanagloriaba con soberbia, y este confesaba sus culpas con toda humildad; por lo que dice san Agustín: Mejor es en los males hechos la confesion humilde, que en las buenas obras la presuntuosa glorificación. Por cuya razon se dice: Que es mejor el pecador humilde que el justo soberbio; porque luego que el justo se ensorbece, deja de ser justo y empieza á ser soberbio; con lo que queda confundida la soberbia humana para que jamás presuman los hombres de su merecimiento.

Cuanta confianza da de perdon de sus culpas y pecados este penitente publicano á los que hacen de los suyos verdadera penitencia, conociendo, llorando y confesándolos, lo dió á entender san Ambrosio con las siguientes palabras: Trajo el Señor esta parábola explicándonos el modo con que el publicano y el fariseo oraban en el templo, para enseñarnos que si el soberbio tuviese todas las otras virtudes, menos la humildad, le ofende mas con ellas que el pecador humilde que nada presume de sí, antes reconoce sus miserias, porque el demonio siempre procura engañar con alardes de presunción á los que con toda diligencia se diéron á las buenas costumbres. Mucho trabajó aquel fariseo por no ser injusto, y por no adúlterar, y por no pecar como pecaba el publicano; pero aunque pagó los diezmos de todas las cosas que tenía, y ganaba y aunque ayunó dos veces á la semana, le engañó el enemigo; hirióle con una profunda y grave llaga, de manera que hecho presuntuoso dentro de sí mismo, en lo que creía ser mas digno de alabanza, fué juzgado por Cristo digno de mayor reprension. Nadie pues se glorie en sus buenas obras, sino solo en la gracia de Dios, confiando en él con toda humildad. Por lo que dice el citado padre: Cuando te llegares á la presencia del Señor para pedirle mercedes, póstrate en tierra co-

mo siervo humilde en su divina presencia, y nada le pidas fundado en la gracia de tus merecimientos: si en el fondo de tu corazon conocieres haber hecho alguna buena obra, encúbrela, para que guardando silencio sobre ella, te la pague el Señor de muchas maneras y con la mayor abundancia, acordándote del publicano para que halles perdon como le halló él. Para que te puedas salvar, desecha de tí la presuncion de los propios méritos, porque esta pudiera derribarte de los mas altos cielos, y abrázate con la humildad, que puede levantarse hasta el cielo aunque estés puesto en el profundo abismo de tus pecados. Esta humildad dió la vida eterna al publicano, y el fariseo quedó condenado por no poseerla. Ella llevó al ladrón al paraíso antes que á los apóstoles, y la soberbia de los ángeles los lanzó en el profundo de la perdicion eterna. Procuramos pues ser sobremanera humildes y lanzar de nosotros la soberbia, conociendo tan claramente los contrarios efectos que cada una de estas dos cosas al hombre acarrea.

## ORACION.

*Dulcísimo Padre y celosísimo defensor de todos los que en ti esperan: no permitas que esta preciosísima virtud del celo santo falte nunca á tus ministros, para que sean fuertes en sostener la gloria que de justicia te se debe, y firmes y celosos en mantener el decoro de tu santa Iglesia, que es tu casa y la de tu Padre que habita en los cielos. Dios de la justicia, no permitas que continen por mas tiempo los escándalos y las injurias que recibes de aquellos que debían servirte con mas pureza y amarte con mas intenso ardor. Nunca tenga lugar entre los cristianos el abominable comercio que los hijos de la impiedad quieren hacer á peso de dinero en el recinto de tu santo templo. Azota, Señor, y castiga á los que le profanan, y haz que giman y lloren todos los que destruyen el templo espiritual de sus almas, donde tú quieres habitar. Y pues eres poderoso, otórgame á mí, pobrecillo desamparado del mundo, el que sea remediado en su presencia, y que los dos dineruelos, que son el cuer-*

po y el alma que de tí tengo recibidos, te los pueda ofrecer con devoción, y servir y agradar con entrambos. Ten misericordia de este tu siervo humillado, para que jamás me glorie en mis merecimientos, sino que conociendo y confesando mis culpas y arrepintiéndome de ellas, merezca recibir los auxilios de tu clemencia. Mirame con aquellos ojos de misericordia con que miraste al publicano, de manera que haya en mi verdadera humildad de corazón y de obras, y merezca ser justificado en tu divina presencia y ensalzado eternamente con los humildes en el templo santo de tu gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX de san Lucas, desde el versículo 45 hasta el 47. Y al XVIII del mismo, desde el versículo 9 hasta el 14. Al XXI de san Mateo, desde el versículo 10 hasta el 17; y al XI de san Marcos, desde el versículo 15 hasta el 18, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del capítulo XIX de san Lucas, como parte del Evangelio de la misa de la Dominica IX después de Pentecostés. Y de el del capítulo XVIII, para el Evangelio de la Dominica X también después de Pentecostés, desde el versículo 9 al 14; y de el de san Mateo para el de la misa de la feria III después de la Dominica primera de Cuaresma; unos y otros dicen así:

CONTINUACION DEL EVANGELIO DE LA DOMÍNICA NONA DESPUES DE PÉNTECOSTES, EL QUE SE EMPEZÓ EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

*San Lucas, cap. XIX, vs. 45 al 47.*

Y entrando Jesús en el templo, comenzó á echar fuera á los que vendían en él y compraban, diciéndoles: Escrito está: mi casa es casa de oración, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Y estaba enseñando todos los días en el templo.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DECIMA DESPUES DE PÉNTECOSTES.

*San Lucas, cap. XVIII, vs. 9 al 14.*

En aquel tiempo dijo Jesús á algunos que presumían de sí como justos y despreciaban á los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo en pie oraba para sí de este modo: Gracias te doy, ¡oh Dios! que no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces á la semana; doy el diezmo de todo lo que poseo. Mas el publicano quedándose lejos y no osando alzar los ojos al cielo, se hería el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ten misericordia de mí, pecador. En verdad os digo que este bajó á su casa justificado y no el otro. Porque cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA TERCERA DESPUES DE LA DOMÍNICA PRIMERA DE CUARESMA.

*San Mateo, cap. XXI, vs. 10 al 17.*

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad diciendo: ¿Quién es este? Y la gente que iba con él, respondía: Este es Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea. Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera todos los que vendían y compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambiadores y las sillas de los que vendían palomas, diciendo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Entonces se llegaron á él ciegos y cojos en el



templo y los sanó. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que habia hecho, y á los muchachos que á gritos decían en el templo: Hosanna al Hijo de David, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Dijoles Jesús: Sí. ¿Nunca habeis leído aquellas palabras: De la boca de los niños y de los que maman sacaste alabanza perfecta? Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad á Bethania, y allí hizo morada.



## CAPITULO XXI.

MALDICE EL SEÑOR UNA HIGUERA PORQUE NO HALLÓ FRUTO EN  
ELLA; PARABOLA DEL GRANO DE TRIGO, Y DE EL DESTRONAMIENT-  
TO DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO.

Liegó la tarde de aquel dia que habia pasado el Señor dando santos y saludables consejos, no solo á sus apóstoles y discípulos, sino á todos los concurrentes al templo, y muy particularmente á los escribas y fariseos, que abrasados de envidia meditaban sin cesar el modo como habian de deshacerse de la persona del Maestro divino; y habiendo registrado cuidadosamente el templo y observado por todas partes á ver si se cometia en él algun desórden, viendo que se acercaba la noche y que nadie le ofrecia su casa en todo Jerusalem, resolvió castigarla apartándose de ella; porque en verdad es un castigo durísimo la separacion de Jesús, aunque sea momentánea y por poco tiempo. Volvióse prontamente con sus discípulos á Bethania, en donde comió muy poco, pero sin permitirse descansar ni hacer larga mansion en aquel lugar; pues al otro dia muy por la mañana salió de allí y emprendió otra vez el camino de Jerusa-